

LA NOVELA FILM



N.º 172

30 cts.



LA COSTILLA DE ADAN

POR

ELLIOT DEXTER, MILTON SILLS, ANNA Q. NILSSON, ETC.

LA NOVELA FILM

Redacción Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono A 4423

BARCELONA

Año IV

N.º 172

LA COSTILLA DE ADÁN

Preciosa producción americana, interpretada por
los célebres artistas

Milton Sills, Elliot Dexter, Anna Q. Nilsson,
Théodore Kosloff, Paulina Garon, etc.

Es una película PARAMOUNT

Exclusiva de

Paramount Films, S. A.

(antes SELECCINE, S. A.)

Con esta novela se regala la postal de
CONSTANCE BENNETT

La costilla de Adán

Argumento de la película

La edad peligrosa en la mujer es de los tres a los setenta años. Sin embargo, cuando pasa de los treinta y cinco en cuya edad es todavía lo suficientemente joven para amar, suele encontrarse a veces en la situación de nuestra heroína Mariana Ramsay en el décimonono aniversario de su casamiento.

Su hija Matilde sufría las consecuencias de tener unos padres a la moderna. El padre de Matilde se pasaba todo el día y gran parte de la noche en su despacho; la madre no hacía más que pensar en el olvido en que la tenía su marido y Matildita, como la mayoría de los hijos del día, se despachaba a su gusto. Nadie en aquella casa pareció conmemorar el dulce aniversario de la boda. Matilde, después de besar con zalamerías de niña mimada a su madre, le dijo con una sonrisa:

—Mamá, no puedo esperar a la hora del te... Me voy corriendo al Museo a estudiar Antropología. Es-

toy preparándome para ser la esposa de un gran sabio, pero él no lo sabe.

—Chiquilla, tus estudios van a hacerte perder la cabeza...

—¡Estoy enamorada! ¿Crees tú, mamá, que eso que llaman flechazo en cuestiones de amor, es cierto?

—Mira, hija mía, el flechazo es una cosa muy sencilla. ¡Lo único que no es tan sencillo es el amor después de diecinueve años de haberse casado!

Entró un camarero con una cajita de flores. La madre desatapó con ilusión el regalo.

—Papá las habrá mandado — dijo Matilde —. Ya sabía yo que no se olvidaría del aniversario de vuestra boda.

Pero las flores llevaban una tarjeta, la de Monsieur Jaromier, con una dulce dedicatoria:

A la más hermosa de las mujeres, con toda efusión.

Quedaron madre e hija apuntando en sus labios una interrogación sin atreverse a hablar. Mariana suspiró recordando en un instante la figura distinguida del señor Jaromier. ¡Qué diferencia entre su marido que la tenía casi abandonada y ese adorador que no la olvidaba nunca! Matilde, después de tirar con desprecio el ramo, murmuró:

—Me voy al Museo. Créame, mamá, me inspira poca confianza ese señor...

—Pero hija mía, si es una amable caballero...

—Yo creo que es excesivamente amable...

La chiquilla desapareció con una sombra de preocupación en la mirada. Y Mariana, recogiendo el ramo, aspiró una de aquellas rosas cargadas de perfume seductor.

No hay ocasión menos oportuna para un marido que se olvida del aniversario de su boda, que aquella

en que la esposa empieza a recibir visitas de un romántico y misterioso "Monsieur Jaromier".

Jaromier, que llegó a la casa poco después de haberse marchado Matilde, tomó el té con la señora Ramsay. Tenía para aquella dama tan delicadas frases que Mariana sentíase atraída poco a poco por ese misterioso extranjero.



—Jaromier tomó el té con la señora Ramsay.

—¿No cree usted, Mariana, que el divorcio es lógico cuando el marido antepone al amor el deseo de ganar dinero?

Y con la perfidia de los amantes pintó el abandono en que ella se encontraba y la felicidad que Jaromier podía brindarle.

—¿Quiere... quiere?

Allá en su país él era poderoso como un rey. ¿Por qué no seguirle?

Le entregó una rosa y esperó la contestación de Mariana que no acababa de decidirse.

—Es verdad que mi esposo no me atiende, pero diecinueve años de casada! ¡Y luego, mi hija, mi hija... ella no se querrá separar de su padre!...

—Pero usted es joven, usted no puede enterrarse en vida, usted tiene derecho al amor...

Mientras la señora Ramsay debía sortear las dificultades de aquella conversación peligrosa, allá en su despacho, absorbido por los negocios de la Bolsa Mercantil de Chicago, hallábase su marido Miguel Ramsay, que se había olvidado completamente del aniversario de la boda.

—El trigo llegará a ciento veinte dólares en el mes de Diciembre... y nosotros estamos cubiertos por una cantidad muy importante — decía Ramsay a su secretario Jim.

Todavía consultó varias cotizaciones de los mercados y luego, repentinamente, ante un retrato de su esposa que tenía en la mesa, pareció recordar.

—¡Caramba! ¡Me he olvidado del aniversario de mi boda! ¡Tendré que pasarme la tarde entera procurando sincerarme con mi esposa!

Despachó los últimos asuntos y se dirigió al hogar. Compró un ramo de flores para ofrendárselo a su esposa. Entró en el salón de té y sus ojos contemplaron una escena que ensombreció su mirada.

Un elegante caballero estaba besando la mano de Mariana, y con los labios casi juntos le murmuraba palabras de amor.

—El divorcio es la salvación de los tristes... de los abandonados... Su marido no la quiere... esté usted segura de ello.

Ramsay adelantó unos pasos. Su rostro se había endurecido con expresión trágica, implacable.

Mariana, con cierta turbación, fué a su encuentro...

—No se conocían, ¿verdad?

Y presentó a los dos hombres cuyo saludo nada tuvo de efusivo. Ramsay dijo:



...usted tiene derecho al amor...

—Mariana, ¿quieres hacer el favor de dejarnos solos? Tengo que decir algo a ese caballero que tú no querrías oír.

Estaba seguro de la inocencia de su mujer y se proponía castigar al audaz tenorio que quería ocupar su plaza de marido.

El mayordomo de la casa, un viejo extranjero que había entrado a recoger la mesa del té, miró a Ja-

romier con asombro, cuadróse ante él y luego se arrodilló besándole las manos.

—¡Señor!

—¡Tú, mi fiel Yanik! — dijo Jaromier.

Ramsay y su esposa no sabían a qué atribuir aquella veneración.

—¿Quién es ese hombre? — preguntó el viejecito. — Su invitado de usted es S. M. el rey Jaromier, de Morania...

—¡Un rey!...

—Sí, soy rey... Pero soy un rey destronado — explicó el monarca con un gesto elegante y triste.

Ramsay sintióse desarmado. ¿Cómo abofetear a un rey de Europa? Y sin embargo aquel hombre acababa de ofenderle... Y Mariana, casi sin darse cuenta, contempló con mayor simpatía a su adorador... Se llenaba de orgullo al verse pretendida por un soberano.

—¿De modo que deseáis hablar conmigo a solas, señor Ramsay? — preguntó el rey.

—No..., no... nada tengo que decirle...

—Sí es así, me permitiréis que me retire...

Besó gentilmente la mano de la señora, y después de inclinarse ante Ramsay salió escoltado por el mayordomo.

Sin decir palabra, Ramsay encerróse en su habitación... Adivinaba en el señor Jaromier un rival terrible... No podría luchar en igualdad de condiciones. Y además, ahora se acusaba de haber sido indiferente con su mujer, desdeñando siempre su compañía. ¿Se atrevería Mariana a pedir el divorcio? La única salvación estribaba en que el rey volviera a su país...

Deseoso de conocer datos sobre la vida del rey, llamó al mayordomo. Este, casi con lágrimas, confesó:

—Al final de la gran guerra había en uno de los pequeños estados balcánicos un rey que tenía la costumbre de dedicar más tiempo a los asuntos amorosos que a los negocios de Estado.

Desdichadamente un día se amotinó el pueblo, penetró en el palacio y el rey fué depuesto, proclamándose la república.

El monarca, atento a la voluntad de sus súbditos, se despidió de ellos con estas palabras:

—¡Si lo que queréis es la República, la tendréis! ¡Si me llamas de nuevo al trono, volveré a la patria!

Y el monarca, escudándose en el incógnito, vino a América."

El mayordomo era súbdito de Morania y había emigrado también de su patria donde reinaba ahora la miseria.

Ramsay, después de agradecer al viejo sus informes, delineó un proyecto. Convenía mandar a Morania al rey.

Ajena por fortuna a la tempestad que en su casa amenazaba convertirse en huracán impetuoso, Matilde, la muchacha muy siglo XX, demostraba ser una digna costilla del viejo Adán.

Le interesaban los estudios de Antropología y se había enamorado del profesor Nathan Peade, distinguida autoridad en Antropología, profesor de Zoológia, paleontólogo famoso, etc., etc.... y consumado solterón.

Nathan vivía en el Museo, dedicado a sus investigaciones. Viéndole en esa labor obscura y anónima, Matilde trabó amistad con él y pronto simpatizaron.

Aquella tarde llegóse a la sala donde Nathan subido a una escalera estaba arreglando los colmillos de un animal antediluviano, y le dijo:

—Tiene usted unos animalitos la mar de simpáticos, doctor...

—Señorita Ramsay — le respondió Nathan con gesto desabrido—. A esa hora el Museo está ya cerrado... Y como usted vé estoy sumamente ocupado estudiando este "tiranosaurio".

Pero la muchacha, deseosa de conversar con el profesor, le hizo descender de la escalera y Nathan tuvo que resignarse a aguantar a aquella aficionada a los estudios.

Sonriente, Matilde subió sobre el esqueleto de una de aquellas bestias prehistóricas y le cayó el zapato que el profesor tuvo que recoger y ajustar al pie de la muchacha.

—Es usted un inaguantable producto del cine, del sufragio femenino y del charlestón. Por todo lo cual no tiene usted cabida en el Museo — dijo Nathan, entre risueño y disgustado.

—Pero, amigo Nathan, usted sabe que llevo algunos meses dedicada también a estos estudios. ¿Qué extraño tiene que venga al Museo?

—¡Ay, señorita Ramsay! ¡Bájese de ahí! ¡Sabe usted que este *stegosaurus ungulatus* tiene catorce millones de años de edad?

—No lo dudo, pero yo no tengo más que diecisiete... Vamos, Nathan, no se enfade conmigo... ¿No quiere usted venir al cotillón que da mi madre el jueves por la noche? Me interesa más oírle hablar a usted que bailar con otros hombres.

El profesor intentó disculparse. ¡Estaba tan cargado de trabajo!

—No, usted vendrá el jueves, prométamelo. ¿Y cuando venga, no me podría usted prestar una de esas plumas de ave del paraíso tan hermosas que tiene usted en su colección?

A todo accedió Nathan. Vió marchar del Museo

a la joven y suspiró, desconcertado. ¿Qué le ocurría? El, hombre joven, pero dedicado a la ciencia, no había tenido tiempo de pensar que había en el mundo un sentimiento llamado amor. Y ahora, ante esa chiquilla que frecuentaba el Museo, sentíase realmente inquieto. Era el primer chispazo de una pasión?



—*«No quiere usted venir al cotillón que da mi madre el jueves por la noche?»*

Por lo pronto no faltaría a la cita que ella acababa de darle.

...

Al día siguiente, el rey de Morania volvió a casa de Mariana. Hallándose los dos en animada conversación, llegó Matilde,

—Hija mía — dijo Mariana —, quiero presentarte a Su Majestad el Rey Jaromier de Morania.

La muchacha saludó a aquel estirado personaje y recordó el envío de las flores... En su corazoncito adivinó que aquel soberano se interesaba demasiado por mamá. Y la madre débil no sabía librarse de esa seducción tentadora.

El rey hablaba de la gran fiesta del jueves, y Matilde intervino:

—*«Se dignará Vuestra Majestad bailar conmigo el baile del corazón en la fiesta del jueves? ¡Qué celosas se pondrán mis amigas cuando me vean bailar con un rey!»*

—No faltaba más... Para usted, chiquilla, será mi primer baile...

Marchó el rey Jaromier después de besar la mano de las dos mujeres.

Apenas ellas quedaron solas, Matilde reprimió a su madre por aquella visita.

—Pero, ¿qué mal hay en ello, hija mía? —*«Que si cultivo un *flirt* con el monarca? ¡Vuestra es la culpa! Tú y tu padre estáis tan ocupados con vuestros propios asuntos, que os habéis olvidado completamente de mí. Pero habéis de tener en cuenta que todavía no soy vieja y que tengo deseos de ser amada.»*

Matilde se puso seria.

—Tú eres mi madre, pero si no sabes defender nuestro hogar, seré yo quien salve la felicidad de mi padre, aunque para ello tenga que sacrificarme y luchar contigo.

—No seas tonta, hija mía...

Y mientras madre e hija discutían, el banquero Miguel Ramsay se disponía a quitar de en medio al rey de Morania.

Las páginas más interesantes de la historia son, por regla general, las que no se han escrito. El

embajador de Morania en Washington no podía ocultar su sorpresa al enterarse de la protección del comerciante de Chicago.

Ramsay había llamado a su despacho al Embajador y le explicaba:

—Vuestro país está al borde del bolcheviquismo. Nadie quiere comprar su trigo. La riqueza de Morania está encerrada bajo una montaña de papel moneda que nada vale. Si yo le proporcionase un comprador del trigo de su país, y que pagase en oro, cree usted que se salvaría Morania?

—Claro está que Morania se salvaría, si pudiera vender en buenas condiciones su trigo que es su única riqueza; pero aquí en América sólo un loco sería capaz de intentar semejante negocio. Unicamente el transporte del trigo desde Morania le costaría siete millones de dólares, cuando aquí podría comprar con cinco la misma cantidad.

Ramsay explicó con decisión:

—Pues yo soy ese comprador que está dispuesto a pagarles su trigo al contado... Sólo pido, en cambio, que vuestro rey vuelva al trono de Morania.

El embajador negóse a aceptar esta última proposición. Los actuales gobernantes no querían la vuelta del rey. No podían seguir las negociaciones.

Despidióse el representante de Morania y al hallarse ante la puerta escuchó un ruido metálico que le hizo volver sobre sus pasos. Ramsay había dejado sobre la mesa un saquito de oro...

—Como estos tendrá su país cuantos quiera... —dijo el banquero.

El Embajador se sentó de nuevo.

—Señor Ramsay, hay que convenir que el oro es la sangre que da calor a las arterias de una nación.

—Comenzamos a estar de acuerdo... He dicho que

pagaré todo el trigo de vuestro país al contado, pero aguarde un momento... Pagaré la mitad del precio de vuestro trigo el día que Su Majestad Jaromier salga para Morania y la otra mitad el día que vuestro rey se case con una princesa compatriota suya.

El Embajador aceptó. Estaba intrigado. ¿A qué venía aquella súbita y extraña protección del comerciante de Chicago?

—Para hacer ese sacrificio, ha de ser muy grande su amistad de usted con el rey Jaromier.

—Los motivos son puramente particulares.

—Bien... bien. ¡Mejor es el rey que la anarquía! Voy a ponerme inmediatamente en comunicación con mi gobierno, pues él es quien puede decidir en último extremo.

Se despidió hasta tan pronto recibiese la contestación de su país. Ramsay, sonriente, miró el montón de oro... Vencería en la contienda... Llevaría al rey a la otra parte del mundo, apartándole de Mariana.

Pero el amor es un gran rival del hombre de negocios. Y en el cotillón de Mariana, los fuegos del amor y del odio amenazaban convertirse en destructora conflagración.

Paseando por los grandes salones iluminados, el rey Jaromier decía a la dueña de la casa:

—Mariana: estoy dispuesto a abandonar todo deseo de recuperar mi trono, para decirla que la amo... Pero usted no me dice nada... y esta noche quisiera yo recibir alguna respuesta de usted.

Ella callaba, sin atreverse a contestar a ese adorador... Se acordaba de su hija...

Matilde vigilaba a su madre, temiendo algo de aquel rey Jaromier. También el banquero Ramsay seguía con la vista aquél "flirt" peligroso. Viendo muy juntos a su esposa y al rey, dijo a su secretario Jim:

—Jim, necesito reunir quince millones de dólares cuanto antes. Voy a vender esta casa y el gran edificio Ramsay... y mañana mismo venderé, al precio que sea, todo el trigo que había comprado con idea de guardarlo para diciembre.

Quería alejar definitivamente de América al rey Jaromier.

Poco después llegaba el profesor Nathan con su aire tímido de hombre solitario. En sus manos sostenía una de las prometidas aves de su Museo. Matilde fué a su encuentro.

—Estaba segura de que vendría usted... Bailará usted conmigo, ¿verdad?

Luego presentó al profesor Nathan. ¡Era un sabio, un verdadero sabio!

Iba a comenzar el baile del corazón. Se empezaron a repartir pequeños corazones y flechas de cartón.

Se dieron los "corazones" a los caballeros y las "flechas" a las damas. Estas, en el cotillón, clavarían sus flechas en el "corazón" del caballero que eligieran.

Matilde cogió "un corazón" y se lo entregó a Nathan, que, tímido, apenas se atrevía a moverse; y riendo, la joven clavó la flecha.

—¿Le ha llegado de veras al corazón?—preguntó la muchacha.

Y el profesor, aturrido, sonrió... ¡Cómo le gustaba esa linda criatura, tan distinta, sin embargo, de él!

Iba a comenzar el cotillón. Matilde se disponía a bailar con Nathan cuando vió que el rey de Morania se dirigía a Mariana. Entonces, llevada del deseo de evitar a su madre un peligro, dejó al profesor y se acercó al rey, arrancándole casi materialmente de los brazos de la señora Ramsay.

—No olvide que me prometió bailar conmigo el

baile del corazón. Y un rey debe cumplir siempre la palabra dada a sus súbditos.

El rey tuvo que inclinarse y acceder. Pero se sentía disgustado, lamentando no poder hacerlo con la mujer que quería. Aquella muchacha acababa de estropear su plan.

Nathan, en un rincón de la sala, se sintió solo y abandonado. ¡Y por eso había ido a aquel baile! Matilde le abandonaba para bailar con otro.

Después, en la segunda parte de la danza, Matilde volvió al lado del profesor:

—Vamos a bailar ahora, Nathan... y usted perdone; me debe usted considerar una coqueta. Pero, si usted supiera...

Bailó con él y Nathan sintióse feliz al dar vueltas con aquella joven.

Pero de pronto, la muchacha vió que su madre volvía a danzar con el rey y, dispuesta a impedir aquello, por todos los medios, dejó plantado a Nathan y separando a Mariana del monarca dijo a éste:

—Estoy tan satisfecha de bailar con un rey, que no me decido a cedérselo ni a mí misma madre.

Y de nuevo bailó con el rey, perdiéndose en la vorágine del salón. El profesor Nathan, no comprendiendo aquel extraño juego y viéndose desairado, optó por marcharse. ¡Qué asco le daba todo!

—Las mujeres son una mezcla de ingenuidad, coquetería y malicia—se dijo—. Nunca he querido a ninguna, y tengo hecho el propósito de no enamorarme jamás...

Al terminar el baile, cuando Matilde se dió cuenta de que no estaba el profesor, le invadió profunda desesperación. ¡Pobrecito sabio! Tal vez estuviera disgustado por su incomprensible actitud!... El nunca podría saber los motivos que le habían impulsado a bailar con el rey...

Le acometió un audaz pensamiento. Iría a verle ahora mismo. Deseaba disculparse de su desatención.

Envolviéndose en un abrigo, la decidida muchacha salió de la casa.

Ramsay, atento a todos los movimientos de su es-



...la muchacha vió que su madre volvía a danzar con el rey...

posa, vió que ella decía algo al rey, y luego marchaba al jardín. El marido siguió sus pasos. Mariana entró en una glorieta que se hallaba casi sin luz y se sentó en un banco. ¿Qué esperaba allí?

El comerciante vigiló ante la puerta y vió llegar cautelosamente al rey de Morania.

—¿Dónde va usted, señor? —dijo, interrumpiendo sus pasos. —Ha creído Vuestra Majestad, que a mí

me corresponde el papel de bufón de un rey?

El monarca intentó disculparse. Si él iba a la glorieta, era para gozar un poco de reposo, nada más...

Atraída por los gritos, Mariana salió de su escondite... Miró al rey y después a su marido, y ya no tuvo duda de que la situación iba haciéndose intolerable.

Intentó disimular, sonriendo al monarca y a Ramsay... ¿Iban a la glorieta? Ella también había entrado allí con el ánimo de reposar... ¡Se gozaba de tan agradable temperatura!

Luego todos volvieron a los salones. Ramsay no quiso dar un espectáculo, aunque tentado estuvo de abofetejar al rey y a Mariana. Se hallaba seguro de que los dos se habían citado en la glorieta. ¿Y él debía tolerar aquella conducta de su esposa? ¡Ah, no! Cuanto antes enviaría al tenoríscio monarca a su país, recobrando él la tranquilidad de su hogar.

Mariana no era mala mujer, tal vez algo frívola y ligera. Pero había que evitar la compañía ingrata de aquel rey.

Entretanto, Matilde había llegado al Museo. Este se hallaba cerrado y el guardián negóse a franquear la entrada. La joven venció su terquedad poniendo en sus manos un billete de Banco. Y avanzó tranquilamente hacia el estudio de Nathan.

Siempre resulta más fácil decir "no querré" a esta mujer, que dejar de hacerlo. Y aquella noche, Nathan trataba de olvidar, en las vagas evocaciones del pasado, las amarguras del presente.

Hallábase estudiando unos fósiles, cuando sintió pasos, y asombrado, vió a Matilde Ramsay.

—Ya sé que usted me cree mala, coqueta —dijo la muchacha—, porque es usted incapaz de comprender las dificultades en que estoy envuelta. ¿No quiere

usted confiar en mí aunque no sea más que por esta vez?

—Durante cincuenta mil años, los hombres han confiado en las mujeres — respondió el sabio—. Y siempre éstas se han burlado de ellos.

Pero la joven habló tan dulcemente, se excusó con tan bellas palabras, que Nathan se sintió, poco a poco, desarmado en su ira. ¡Oh, sí, aquella criatura que había venido a pedirle perdón por su extraña actitud en el baile, era la única luz en la existencia de él!... Sí, la perdonaba con amor... Porque sin que él mismo se diera cuenta, estaba locamente enamorado de la joven. Y las frases de Matilde le desarmaban, haciendo de él otro hombre.

—Matilde, si no fuiese un viejo idiota chapucero, me casaría contigo... — le dijo, estrechándola en sus brazos.

Ella cerró los ojos, abandonándose a esa dulce caricia. También ella sentía que su corazón era para el sabio, para el hombre solitario entregado a sus estudios.

Después estuvieron los dos examinando las piedras fósiles, en las que aparecían interesantes dibujos.

Y al marchar a media noche, Nathan besó los labios de la muchacha. Serían novios; él iría a pedir al señor Ramsay la mano de Matilde.

La muchacha regresó feliz a su hogar y Nathan no pudo conciliar el sueño aquella noche, atormentado por el dulce recuerdo de la criatura que le brindaba su corazón.



Al siguiente día, Miguel Ramsay ordenaba a su secretario Jim que vendiera un gran "stock" de trigo al precio que ofrecieran por él... No quería esperar a diciembre.

Jim protestó:

—¿Pero se ha vuelto usted loco, Miguel? En diciembre sería usted el amo del mercado. ¿Por qué desprenderse ahora de todo el trigo?

—Es posible que me haya vuelto loco, pero necesito dinero para comprar al rey que roba corazones... y los reyes cuestan caros.

Aquella tarde, Mariana recibió un carta del rey Jaromier. Repetía sus eternas declaraciones y la invitaba a ir a su casa.

La esposa, que se sentía abandonada por Ramsay, ilusionada por el cariño de aquel rey quemó la carta y llamó por teléfono a Jaromier, diciéndole que iría a su casa inmediatamente.

Matilde sorprendió, sin ser vista, la conversación telefónica. Y encerróse en su habitación para meditar lo que debía hacer. ¡Qué situación aquélla! ¿Es que mamá estaba buscando la ruina?

Se sintió acometida por una idea. Iría a ver al rey impidiéndole que realizara sus propósitos. Cojío un coche y marchó rápidamente al domicilio de Jaromier.

Mariana había llegado unos momentos antes a la casa. Jaromier, ante la presencia de aquella mujer que iba a ser suya, sentíase dulcemente turbado.

—Hace un instante — le dijo —, cuando escuché tu voz en el teléfono, me pareció que me infundían nueva vida. Todo está dispuesto y dentro de un mes estaremos lejos de aquí...

Se casarían en un lejano país. Allí vivirían la existencia de amor que Mariana no había podido encontrar en su existencia con el comerciante.

Alguien entró con violencia en la habitación, rechazando al ayuda de cámara que pretendía detener su paso. Era Matilde Ramsay... El rey y Mariana contemplaron con horror a la joven.

—¿Qué vienes a hacer aquí? — dijo Mariana.

—A buscarte! A que vuelvas a casa. Sé que quieres marcharte con el rey y no quiero que des ese disgusto a papá... — respondió noblemente la hija.

Mariana vaciló en su contestación. Sentíase avergonzada de que fuera su propia hija quien le recordase el cumplimiento del deber.

Jaromier intervino. Matilde no entendía bien las cosas. ¿Qué extraño tenía que su madre le visitase? ¿No era él amigo de toda la familia? Pues, entonces... Y el soberano procuraba quitarse de encima la responsabilidad de su conducta.

La escena fué interrumpida por el ayuda de cámara, quien se acercó al rey y le dijo:

—Señor, el embajador de Morania está aquí. Viene a tratar de un asunto de gran importancia... Y el señor Ramsay espera en compañía del embajador.

Al oir estas últimas palabras, se extremecieron las dos mujeres. ¡Ay, si él las encontraba allí! También el rey comprendió el gravísimo conflicto y ocultó a la madre tras el hueco de unas cortinas y a Matilde la encerró en una habitación cercana. ¡Silencio, por Dios!

Disgustado el rey por el giro que tomaban los acontecimientos, se resignó a recibir la visita. Le sorprendía que Ramsay viniera con el embajador. ¿Qué pasaría?

Entró el representante de Morania con algunos diplomáticos de la embajada, y Ramsay. Este, fumando tranquilamente un cigarro, sonreía ante el rey. Había llegado el momento oportuno... iba a alejarlo de América.

El embajador, inclinándose profundamente ante el monarca, dijo:

—Señor, Vuestra Majestad dijo que si algún día

le llamaba el pueblo de Morania, regresaría a la patria. ¡Ese día ha llegado!

—¿Es posible?

Desde sus respectivos escondites, las dos mujeres escuchaban angustiosas. ¿Por qué estaría allí Ramsay?

El embajador prosiguió:

—Señor, el señor Ramsay, a costa de un gran sacrificio, ha comprado toda la producción de trigo de Morania y lo ha pagado en oro con el fin de restauraros en el trono.

Le mostró varios telegramas recibidos de la capital de Morania en los que se pedía la inmediata vuelta del rey, y luego le entregó las cláusulas que Jaromier debía firmar para posesionarse del trono.

El rey estaba realmente asombrado. ¡Mal había pagado a Ramsay aquel noble desprendimiento! Pero éste sonreía, sin dar importancia al asunto, chupando su cigarro habano...

—Tengo la completa seguridad de que todas las cláusulas merecerán la aprobación de Vuestra Majestad — siguió diciendo el embajador—. La cláusula número 39 establece que habéis de casaros inmediatamente con la gran duquesa Luisa Max-Colburg.

Esto desagradó al monarca. Pensó en la hermosa mujer, en Mariana, que tenía escondida allí mismo y, por contraste, se le apareció la figura gruesa y antipática de la gran duquesa Luisa.

—¿No podría suprimirse esa impertinente cláusula que se refiere al matrimonio?

—Es esencial, señor — dijo Ramsay—. Tenéis que aceptar esta cláusula o no subiréis al trono...

—Pero... y usted ¿por qué ha hecho eso, señor Ramsay? ¿Cómo le podré pagar yo?

—Aceptando su boda con la duquesa y marchándose cuanto antes a su país.

Jaromier sentíase enfurecido.

—Pues, no; no quiero volver a Morania. Deseo ser libre, casarme con quien se me antoje...

Ramsay le miró nerviosamente. Tenía que contenerse para no abofetear al rey. ¿Es que lo iría a echar todo a perder?

Un criado se acercó a Ramsay y le dijo que un caballero le esperaba urgentemente en la antesala.

Extrañado Ramsay se excusó un momento y salió del despacho. Encontróse con el profesor Nathan, que sonreía con su aire humilde y simpático.

—Espero que se me perdonará la indiscreción —dijo el profesor—, pero en su casa me han dicho que estaba usted aquí y he venido porque el asunto es muy urgente. Su hija y yo hemos decidido, es decir, con el permiso de ustedes, casarnos... Nos queremos mucho.

Sonrió el banquero. ¡Qué infeliz era aquel profesor! ¿Y para ese asunto que no corría prisa le había interrumpido?

—Mire... ya hablaremos más tarde... después... ahora nada puedo decirle... Tengo una reunión importante.

—Esperaré... Estoy tan ansioso de que usted me autorice...

—Como usted quiera...

Ramsay entró de nuevo en el despacho y el sabio esperó en el recibidor la contestación de la que dependía su vida.

El rey había accedido finalmente a todo el convénio. Le hablaron de la lejana patria, de los intereses de la nación, de muchas cosas... Y él firmó, con el dolor de tener que dejar América y a Mariana.

Ramsay, satisfecho por la victoria obtenida, avanzó unos pasos. Le costaba mucho dinero la partida

del rey, pero la había conseguido. Y Mariana se vería libre de aquel perseguidor.

Pero, de pronto, vió algo que brillaba en el suelo. Lo recogió y quedó paralizado por la sorpresa al descubrir que se trataba del broche de diamantes de su esposa. Una sospecha terrible le heló la sangre. ¡Su mujer estaba allí! ¡Entonces aquello había llegado ya a términos fatales! ¡Ah, los miserables!

Dirigiéndose al embajador y a los otros diplomáticos que una vez firmado el convenio con el rey hablaban de los futuros destinos de la patria, les dijo:

—Caballeros, les suplico a ustedes que me dejen solo con Su Majestad.

En sus manos brillaba la joya. El rey se estremeció. Todo estaba descubierto.

Los visitantes se despidieron del rey dando gritos alborozados a su gloria.

Y frente a frente quedaron el monarca y Ramsay. Este no sonreía ya como antes, su ceño era adusto, casi brutal.

—Rey Jaromier — le gritó —, mi esposa está aquí y quiero que salga.

Mariana y su hija se estremecieron en sus escondites. ¡Qué trágico momento!

El rey pretendió sonreir...

—Le aseguro a usted, señor Ramsay, que nada sé...

—¿Y esa joya? ¿Cómo se encuentra aquí?

—No puedo comprenderlo. Quizá usted mismo la haya llevado, sin darse cuenta...

—¡Miente usted! Acabemos de una vez. ¡Quiero registrar el piso! Y si encuentro aquí a mi mujer, mato a los dos...

El rey se había vuelto pálido. ¡Horrible compromiso! Y allá, las dos mujeres se sentían morir... ¡Si papá supiera que estaban las dos!

Ramsay sacó un revólver, dirigiéndose hacia la puerta de la sálita donde hallábase su hija Matilde.

—No quiero que abra usted — dijo el rey, balbuciente.

—¿Está ella aquí? ¡Miserable!

Abrió de par en par. Miró la habitación; estaba desierta... Detrás de la pureta, no osando ni respirar, se encontraba Matilde. Mas por fortuna, Ramsay, convencido de que allí no había nadie, cerró de nuevo, dirigiéndose hacia otros sitios... Matilde se sentía morir con un temblor de angustia.

Luego Ramsay se dirigió hacia las cortinas. Tras ella, palpitante y próxima al desmayo, Mariana iba desfalleciendo. ¡Si su esposo la encontraba allí! El rey, dispuesto a jugarse el todo por el todo, gritó:

—Señor Ramsay, aquí no hay nadie. De modo que reconozca su error y dé usted por terminadas sus molestas averiguaciones.

—Bien, si no hay nadie detrás de esas cortinas, Vuestra Majestad no tendrá inconveniente en que dispare mi revólver...

Apuntó hacia ella. Mariana, muerta de angustia, se dispuso a abandonar su escondite. No quería morir acribillada a balazos. Pero en el mismo momento, Matilde, dándose cuenta de la trágica situación maternal, se lanzó al heroico sacrificio de salvar a la culpable.

Salió del cuarto y se presentó ante papá.

—¿Qué pasa, papá? — dijo, tranquilamente.

Una terrible sorpresa se pintó en el rostro del comerciante. ¡Y él que había sospechado de Mariana! ¿De manera que era Matilde la que estaba en amores con el rey?

—¡Hija mía! ¿Qué has hecho? Cuando lo sepa tu madre se va a llevar un disgusto enorme...

Mariana, muerta de dolor, tras las cortinas, llo-

raba... Hija santa, hija bendita, ¿cómo le pagaría nunca aquello?

—Y usted, miserable, merece mi castigo... — gritó Ramsay, exasperado.

Abofeteó al monarca y los dos hombres rodaron por el suelo. Acudieron los criados y separaron a los contendientes. Nathan entró en la habitación, atraído por la lucha.

El profesor, al ver allí a su novia, sintió que morían las esperanzas de su corazón.

—Señor Nathan — gritó enfurecido el padre—: Ha venido usted en mal momento. Me he encontrado a mi hija escondida en casa de este rey... Es una loca, una loca... Con su estupidez acaba de jugarse su porvenir, ¿Quién querrá unirse con ella? Ningún hombre honrado y que se respete en algo aceptará su mano.

Matilde lloraba... Y entonces, Nathan, llevado del impulso de su corazón, para salvar a la pequeña de la deshonra, quiso realizar un acto heroico...

—Señor Ramsay — dijo —, quisiera enmendar eso... Si usted quiere, yo me casaré con Matilde esta misma noche.

Matilde dió un grito de júbilo y se acercó a Nathan.

—¿De modo que confía usted en mí? No me atrevo yo a esperarlo.

El la miró en silencio, con profundo dolor... Ramsay quiso disuadir al profesor del noble sacrificio, pero no consiguió hacerlo... Y poco después, Ramsay, su hija y Nathan salían del palacio.

Jaromier corrió al sitio donde estaba Mariana.

—Mariana, Mariana... te juro no abandonarte... te amo. ¡Cómo habrás sufrido!

Ella, con lágrimas en los ojos, le rechazó.

—No, Jaromier. Tú ya no eres libre. Y mi hija me

ha enseñado hoy cuál es el verdadero amor. ¡Qué locura! ¡Pobre hijita mía!

Fueron inútiles las súplicas del rey. Mariana abandonó la casa, dispuesta a cambiar de vida y a confesárselo todo a su marido.

Entretanto, Ramsay asistía a la boda de Nathan



—*¿De modo que confía usted en mí? No me atrevía yo a esperarlo...*

y Matilde, y dejaba a ésta en el hogar del sabio. ¿Qué diría Mariana cuando supiese todo aquello?

Nathan y su esposa quedaron solos. Ella dijo con dulce emoción:

—Si viviésemos mil años no podría nunca agradecerte cómo se merece la confianza que en mí has depositado.

—No, Matilde, yo no confío en ti — respondió

él severamente—. Creo que eres culpable, pero te amo, y te he dado mi apellido para salvar tu honor... Estamos casados, pero seremos como dos extraños. Tú quedarás aquí... Pronto va a salir una expedición científica a Honduras bajo los auspicios del Museo. Yo saldré esta misma noche para preparar el tren.

Dolorida por aquella desilusión, por la falta de confianza, Matilde, se quitó el anillo que él le había entregado y con gesto de desdén se lo devolvió, diciendo:

—Puesto que no crees en mí, no quiero para nada tu nombre ni tu protección.

Y aunque Nathan intentó disuadirla, la muchacha abandonó aquel hogar. Volvería a su casa, pasaría una vida de abandono y dolor, pero ella había conseguido salvar a su madre.

Y allá, en el hogar de los Ramsay, cuando regresó Mariana de la casa de Jaromier, no había llegado aún su marido. Pasó un rato doloroso, atormentada por la incertidumbre. ¡Pobre Matilde! ¡La gloriosa sacrificada!

Por fin llegó Ramsay con aire de preocupación y pena.

—Mariana — dijo a su esposa—. Nuestras desavenencias nos han llevado a un final terrible. Esta noche he encontrado a Matilde escondida como una mujer cualquiera en las habitaciones del destronado monarca.

Mariana se estremeció. Pugnaba por contener las lágrimas y los gritos acusadores de su conciencia.

—Para salvar a Matilde del escándalo, Nathan Peade ha consentido en casarse con ella. En este momento vengo de su boda...

Ya no pudo callar más la esposa culpable. Y arrodiándose ante el comerciante, gimió:

—Miguel, perdóname... yo estaba detrás de las cortinas. Matilde había ido allí para salvarme.

Ramsay se puso bruscamente en pie. Fué a desgarrar su puño sobre Mariana. ¡Ah, la infame!

Pero ella le miró con ojos dulces, imploradores, y murmuró:



—Puesto que no crees en mí, no quiero para nada tu nombre ni tu protección.

—Miguel, es preciso que seas lo suficientemente generoso para comprenderme y perdonarme. Yo estaba loca, ansiaba cariño, pero el sacrificio de mi hija me ha convertido en otra mujer... Tú me tenías casi abandonada, Ramsay, acuérdate... Pero te juro que estoy arrepentida, que volveré a ser la mujer fiel, de su casa...

Ramsay rugía de indignación. Y de pronto, apagó Matilde con los ojos llenos de lágrimas.

—He venido a buscar mis cosas — dijo. — No quiero quedarme aquí. Entre los dos, el uno con sus negocios y la otra con sus deseos de amar, habéis arruinado mi existencia. Mañana me marcho para no volver a veros...

Mariana lloraba con infinita amargura.

—¿Te imaginas que tu pena me devolverá a mi marido? — dijo su hija.

Matilde pasó aquella noche en el hogar paterno. Y ante el sacrificio de aquella hija y la promesa, por parte de Mariana, de que nada grave había ocurrido entre Jaremier y ella, Ramsay optó al fin por perdonar... En lo sucesivo atendería más a su mujer y no la dejaría abandonada dándole ocasión para los peligros del "flirt".

Al día siguiente, procurando la felicidad de Matilde, Mariana dijo a su marido:

—Miguel, he escrito una confesión para que Matilde se la lleve a su marido en Honduras. Cuando él se entere de la ceguera de una madre que no supo cumplir con su deber y del heroísmo de la hija por salvarle, estoy segura de que la querrá como no la ha querido nunca.

El no se opuso... Se trataba de la felicidad de su hija.

Y unos días después, provista de aquella confesión, Matilde marchaba a Honduras en busca de su esposo. ¡Amaba tanto a su profesor!

**

Comprar tronos resulta muy caro. Ramsay se encontró con que tenía en su poder todo el trigo de Morania que o no podría vender o tendría que darlo a bajo precio. Además tenía que dejar su casa para el pago de las enormes cantidades adquiridas. Había conseguido que el rey volviera a su país, pero él estaba completamente arruinado.

Por fortuna, en medio de su desdicha, veió reconquistada a su mujer. El sacrificio de su hija había cambiado por entero a Mariana, qué era ahora la más sumisa, la más fiel y enamorada de las esposas.

Una día, una noticia sensacional se esparció por toda la ciudad. Decían los periódicos:

Como resultado de la pérdida total de las cosechas de trigo, a causa de una desastrosa helada, la Bolsa Mercantil de Chicago se encuentra en una angustiosa situación por falta de trigo.

La fortuna sonreía de nuevo a Ramsay. Poseedor de todo el trigo de Morania, pudo ofrecerlo a la Bolsa en sustitución del perdido, y se lo adquirieron en pocos momentos. Acababa de ganar una inmensa fortuna, pues se lo pagaron a precios exorbitantes.

Después de aquel triunfo que les hacía más ricos que nunca, Ramsay prometió a su mujer olvidar por algún tiempo sus negocios e ir a hacer un viaje al-

rededor del mundo. Habían recobrado la felicidad, ya no la perderían nunca.

Mientras tanto, allá en Honduras, Nathan trataba de olvidar la herida del amor que no se cicatriza nunca. Un día recibió, con emoción, la visita de Matilde, su esposa.

—He venido a traerte algo que te probará, sin sombra alguna de duda, mi inocencia — le dijo ella, entregándole una carta.

Nathan, deseoso de apartar todo velo que pudiera ensombrecer la pureza de su mujer, fué a abrir la carta.

Matilde detuvo su brazo.

—Lo escrito probará mi inocencia — agregó —, pero si lo lees, me partirás el corazón de dolor.

El sabio vaciló. ¡Pero, aquella duda, aquella duda! Mas, luego recordó a la dulce Matilde de otros días, tan buena para con él. ¿Qué hacer?

Ella murmuró dulcemente:

—¿No quieres confiar an mí esta vez?

Había venido a Honduras para vivir con él, para permanecer siempre a su lado. Ella era inocente, aquella carta lo confesaba, pero, ¿por qué leerla? Aquella carta acusaba a cierta persona...

Sentía pregonar la falta de su madre... Si Nathan creyese sin vér...

Y Nathan tuvo fe. Rasgó el escrito y lo echó al fuego.

—Matilde mía, creo en ti... Has venido a mi encuentro... y te adoro... Creo, sí, en que eres pura como una virgen...

Y ella se acurrucó en los brazos del sabio, llena de felicidad...

FIN

Próximo número:

UN LADRÓN IMPROVISADO

por Jack Holt, Sigrid Holmquist, Alec
B. Francis, etc.

Postal regalo: EDWARD CONNELLY

La Novela Film

sale todos los martes.

Precio: 30 cts.

LEA USTED

la sentimental novela

¡ADIOS, JUVENTUD!

por CARMEN BONI, ELENA SANGRO, etc.

EDICIONES ESPECIALES

DR

La Novela Semanal Cinematográfica

SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR !

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

“NO LO OLVIDE NI LO DEMORE!!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

**Pida
detalles
a**

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA**